

y restableció muchos templos. Se ensanchó el palacio de la concordia, y cubierta la tierra de iglesias, se predicó públicamente la verdadera doctrina. Se nombraron maestros de la ley; el pueblo tuvo gozo y tranquilidad, y toda la tierra se vió libre de inquietudes y calamidades.

»*Hientsung* manifestó divina inteligencia, y cultivó la verdad y la rectitud. En su reinado fueron glorificados los sagrados escritos. Las inscripciones imperiales proclamaron su loor en tierras extrañas. *Shutsung* restableció la razon celestial. Grande fué su dignidad cuando se sentaba en su trono con las galas propias de su gerarquía. Su esplendor oscureció el de la luna, y la felicidad visitó la mansion augusta. Los vapores de otoño cesaron para siempre. Reinó la tranquilidad, y creció el territorio del imperio. *Taitsung* fué cumplidor de los deberes, y vivió segun la regla del cielo y de la tierra. Con sus dones, se sostuvo la vida de los súbditos, y fué gran ventaja para la nacion. Tributo acciones de gracias con incienso. El esplendor vino del valle del sol, y la luna velada apareció en el suelo azul (1). *Kienchung*, fué eminente en todo, cultivó las brillantes virtudes. Su dignidad marcial se esparció en todos los mares, y su blanda serenidad en todas las tierras. Sobrevino la luz á la oscuridad humana, y en su espejo se reflejó la verdadera naturaleza de las cosas. La luz de la vida se difundió en todo el universo, y toda la humanidad tomó ejemplo del emperador.

»La verdadera doctrina es grande, y prevalece, y lo penetra todo. Difícil es pronunciar la palabra y esplicar la naturaleza del Trino y Uno. El soberano obra, y los ministros conservan la memoria de sus hechos.

»Se erigió este monumento el año segundo de *Kienchung*, nono emperador de la gran dinastía de Tang, el sétimo dia del primer mes (781). El sacerdote *Ningchu*, especial maestro de la ley, predicador de la ilustre religion en todas las regiones del Oriente. Lo escribió *Lu Siu yen*, consejero de la corte, comandante militar que fué en *Taichau*.

Hemos copiado este curioso documento, con toda su fraseología oriental y á pesar de las oscuridades que encierra, porque es la única pieza histórica que habla de los progresos del cristianismo en la China durante aquellos tiempos remotos, y de los muchos emperadores que lo abrazaron ó lo favorecieron. En 780, el patriarca Timoteo envió á Tartaria y á China al presbítero Subchal Jesus, el cual trabajó con fruto y murió en su regreso. Le sucedió Davidis, á quien se dió la dignidad de metropolitano. En 845, un edicto del emperador *Wu tung* dispuso que todos los sacerdotes cristianos, en número de 3000, se retirasen á la vida privada. Los dos historiadores árabes de la China, hablan de muchos cristianos que murieron en el sitio de *Corfú*; Marco Polo hace frecuente mencion de los nestorianos, y sus espresiones dan á entender que eran muy antiguos en el pais, aunque hay motivos para creer que habian perdido su primitiva energía y pureza de doctrina, y habian adoptado muchas prácticas de los paganos. Habla de dos iglesias fundadas en las cercanías de *Nanking* por el prefecto *Marsarchis*, y alude á muchos establecimientos nestorianos en el Asia Central. El mismo viajero y Corvino hablan de un

príncipe cristiano llamado el Preste Juan; pero no inspiran confianza los datos que refieren sobre la amplitud de sus dominios, y la estension de su influjo en favor de la fé. Cuando las conquistas de Gengis Khan y de sus descendientes conmovieron toda la Asia, padecieron mucho los nestorianos; pero se mantuvieron precariamente en China durante la dinastía de Iuen. El mahometismo se fortificó durante este periodo, y las controversias que se suscitaron entre las diferentes sectas y los sacerdotes cristianos, contribuyeron á la decadencia de sus iglesias, cuya comunicacion estaba cortada con la iglesia matriz de Mesopotamia. Su proselitismo cesó con la espulsion de los mongoles en 1360, y las iglesias nestorianas desaparecieron sin dejar vestigios de su existencia. En la actualidad no se encuentra en todo el imperio una sola de las obras que compusieron, ni un recuerdo de su antiguo poder, ni un fragmento de sus edificios.

Los esfuerzos y trabajos de los católicos en China han sido grandes; su conducta prudente, y su celo en la gran obra de la conversion, por confesion de los mismos protestantes, superiores á todo elogio, y altamente honoríficos á su memoria. La primera de sus misiones llegó al pais á fines del siglo XIII. El único nombre célebre de aquella época que ha llegado á nuestra noticia, es el de Juan de Monte Corvino, que nació en Apulia, reino de Nápoles, el año de 1247, y fué enviado á Tartaria por el papa Nicolás VI. Antes de este periodo, debe inferirse del silencio de Marco Polo, que los nestorianos eran los únicos cristianos en los dominios de Kublai, aunque no hay duda que ya habian pasado en aquel tiempo algunos sacerdotes católicos á predicar el Evangelio en Persia. Corvino llegó á la India en 1291, y despues de haber predicado allí por espacio de un año, y administrado el sacramento del bautismo á cien personas, se juntó con una caravana que iba al Cathai, y fué bien recibido por el khan. Los nestorianos le hicieron la guerra, y por espacio de once años trabajó solo, no habiendo logrado buen éxito sino en los últimos. Construyó una iglesia en Cambalú, con su torre y campanario, en que habia tres campanas, que sonaban de hora en hora para llamar los fieles á la oracion. Bautizó cerca de 6000 personas, y compró 150 mancebos, á quienes instruyó en el griego y el latin, y para los cuales compuso varios libros de devocion.

Clemente V, noticioso de los hechos de Corvino, lo nombró arzobispo en 1307 y le envió varios sufragáneos para que lo ayudasen. Existen dos cartas de él, en que da noticias satisfactorias de sus trabajos; pero no se sabe nada de sus aventuras posteriores, sino que recibió orden de mandar pintar en las paredes de los templos los sucesos referidos en la Biblia, para que los tuviesen fijos en la memoria los prosélitos. Murió en 1330, y la gerarquía que habia establecido decayó considerablemente en manos de Nicolás de Benta, quien ocupó la silla arzobispal en 1336, no obstante haber llevado consigo 26 misioneros. Lo poco que se conserva de la biografía de Corvino, dice mucho en favor de su virtud y de sus esfuerzos, asi como prueba la tolerancia de los mongoles y sus buenas disposiciones con respecto al cristianismo. Se lee con interés el siguiente pasaje de una de sus cartas:

»Hace dos años que no recibo noticias de Europa; estoy viejo y cano, mas abatido por las tribulaciones y trabajos que por la edad, pues no cuento mas que 38 años. He aprendido la lengua y la literatura de los

(1) En el lenguaje biperbólico de los chinos, el valle del sol es la China, y la luna velada es la residencia del emperador.

tártaros; he traducido en este idioma todo el Nuevo Testamento y los Salmos de David, y he conseguido que se copien con el mayor esmero. Escribo, leo y predico pública y abiertamente el testimonio de la ley de Cristo.» Segun parece, los misioneros de aquella época trabajaron con mas empeño en las tribus mongolas que en China, y no es extraño por tanto que, espulsada aquella dinastía, siguiesen la misma suerte los misioneros que ella habia protegido, con lo que se explica fácilmente el silencio de los viajeros y escritores sobre los progresos del cristianismo, mencionados en la inscripcion que hemos copiado. Despues del establecimiento de la dinastía de Ming, que fué la que suplantó á la de los emperadores mongoles, casi nada se sabe de los nestorianos, y es probable que, unidos con ellos en sus peregrinaciones por el Asia Central, fueron poco á poco degenerando y perdiendo los recuerdos de su fé primitiva, hasta fundirse en el mahometismo y en el budhismo.

El segundo periodo de la historia de las misiones católicas en China incluye un espacio de 150 años, desde el establecimiento de Mateo Ricci en Canton, año de 1581, hasta la muerte del emperador Yungching en 1736. Antes de la llegada de Ricci se habian hecho algunos esfuerzos para restablecer el cristianismo; pero hallaron una tenaz oposicion en los comerciantes europeos que habian monopolizado el tráfico exterior en aquellos mercados: hombres corrompidos y audaces, acostumbrados á excesos de toda clase y que temian el influjo y la presencia de los misioneros, en los cuales hallarian jueces severos de su conducta. Tambien se oponia á su establecimiento la autoridad pública, mal dispuesta contra los que habian sido tan ámpliamente favorecidos por la familia destronada. El ilustre San Francisco Javier, ardiendo en deseos de coronar sus inmortales trabajos apostólicos con la conversion de la China, salió de Goa en 1552, en compañía de un embajador portugués llamado Pereira. Al llegar á Malaca, el gobernador no permitió que la embajada pasase adelante. Javier no se desanimó por esto y emprendió solo su viage; pero al llegar á la isla de Sanchuen ó San Juan, á 30 millas al Sudoeste de Macao, encontró nuevas dificultades, que sus mismos compatriotas le suscitaron, y la muerte cortó allí el hilo de su gloriosa carrera. Despues de otras tentativas, hechas por religiosos de diversas órdenes, los jesuitas pusieron cima á la santa empresa. Valignano, superior de la mision católica en Oriente, nombró para la China á los padres de la compañía Paccio, Ruggiero y Ricci. Ruggiero fué el primero que pisó aquel territorio en 1579, y despues de haber empleado dos años en aprender el idioma pasó á Canton, donde empezó á predicar la fé con bastante buen éxito á los principios. Siguióle muy en breve Ricci, el cual obtuvo, á fuerza de constancia y destreza, el permiso de establecerse en la ciudad de Sauchau fu, donde residió algunos años, vestido como los sacerdotes budhistas, y captándose las voluntades con su profundo saber y sus modales corteses y generosa conducta, aunque no sin tener que luchar con los confucionistas, grandes enemigos de toda innovacion religiosa. En 1594 Valignano le aconsejó que adoptase el traje de los literatos, mas convenientemente que el de una secta odiosa á un sacerdote cristiano. Poco despues trasladó su residencia á Nanchang fu, capital de la provincia de Kiang sí, y de allí pasó á Nankin, que ya habia llegado á ser la segunda ciudad del imperio. No ha-

biéndole sido permitida aquella residencia volvió á Nanchang y pudo fundar allí una institucion religiosa, en la que estableció á sus compañeros. Segunda vez se dirigió á Nankin; pero fueron tantos los obstáculos que allí se le opusieron, que prefirió dirigirse á Suchau, capital de Kiangnan, donde estableció una escuela. Habiendo mejorado los tiempos, mostrándose mas favorables las autoridades de Nankin, volvió á aquella ciudad, que por su inmensa poblacion y gran riqueza ofrecia un vasto campo al celo piadoso que lo animaba. Fué recibido con aprecio y urbanidad, y sus lecciones científicas escuchadas con interés y aplauso. Se le proporcionaron cartas de recomendacion para algunos personajes de la córte, y un permiso del magistrado para llevar algunas curiosidades europeas al emperador; pero habiendo tardado seis meses en su viage no pudo llegar á Pekin hasta enero de 1601. Sus modales afables y cultos, sus vastos conocimientos, y los regalos que supo distribuir con oportunidad le ganaron la proteccion de muchos cortesanos poderosos é influyentes. Algunos de ellos se convirtieron al cristianismo, entre los cuales se distinguió Sin, bautizado con el nombre de Paulo, el cual lo ayudó á traducir en chino las obras de Euclides. El emperador Wanleih lo recibió con benevolencia y le concedió, juntamente con su compañero Diego Pantoja, un alojamiento en el edificio destinado á los embajadores extranjeros. Mas tarde les permitió arrendar una casa y les señaló un estipendio. Otros jesuitas se le reunieron poco despues, y estableciéndose en varios puntos de las cercanías de la capital, llevaron adelante la obra de la conversion, sacando de ella copiosos frutos. Paulo Siu y su hija, la cual tomó en el bautismo el nombre de Cándida, trabajaban con celo incansable en favor de la nueva religion. Pero en breve comenzaron á suscitársele obstáculos, porque el gobierno, asustado con los progresos que hacia una creencia tan opuesta á la de sus antepasados, creyó que era llegado el tiempo de reprimirla. En 1617 se espidió un edicto, en que se mandaba que los misioneros saliesen de Pekin y se trasladasen á Canton, donde deberian embarcarse y abandonar para siempre el imperio; mas los padres hallaron medios de eludir esta disposicion, que muchos hombres sensatos del pais, sin profesar el cristianismo, calificaron de injusta, en vista de la conducta moderada que los misioneros observaban y de la obediencia que prestaban á las leyes del imperio. Fué preciso, sin embargo, obrar con alguna precaucion, y por consiguiente las conversiones procedieron con mas lentitud; mas á pesar de todo ya en 1636 habian publicado los jesuitas 340 tratados, no solamente sobre materias religiosas, sino sobre fisica y matemáticas. Ricci, que habia sido nombrado superior de todas las misiones por el general de la órden, publicó un reglamento para gobierno de todas ellas, y en una de sus disposiciones permitia á los convertidos practicar el culto de los antepasados, considerándolo como una ceremonia puramente civil, y que en nada se oponia á los preceptos de la Iglesia ni al espíritu del cristianismo. Esto dió lugar algunos años despues á grandes disputas entre jesuitas y franciscanos. No faltaron chinos fanáticos que, abrazando el partido de estos últimos, maltrataron de tal modo al jesuita español Martínez, que murió de sus resultados.

El distinguido fundador de estas misiones murió en 1610, á la edad de 80 años. La conducta que observó en China ha dado lugar á grandes disputas entre

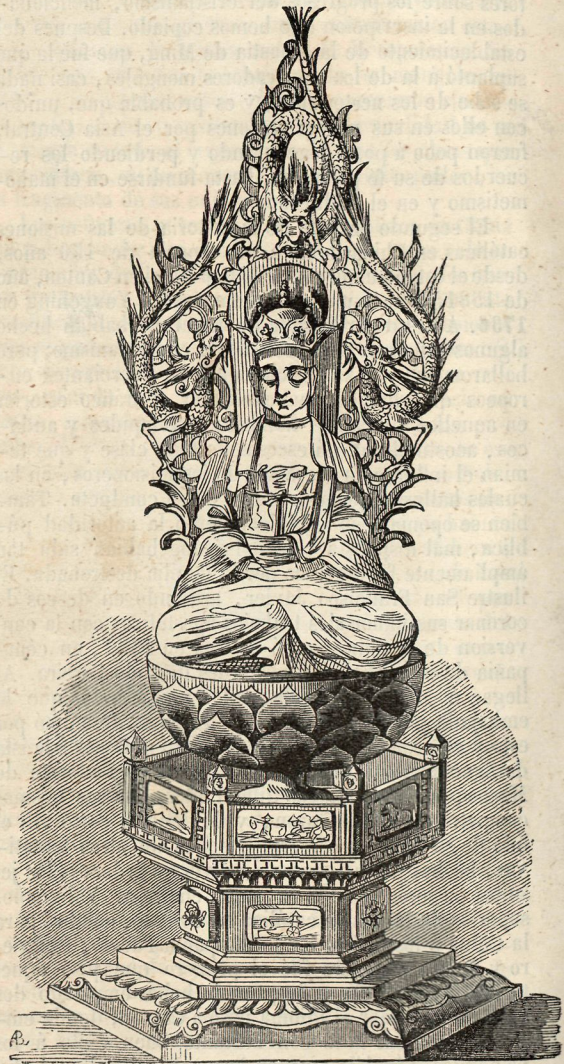
os adversarios y los defensores de la Compañía de Jesus. Los primeros lo acusan de una culpable tolerancia con respecto á las sectas paganas, y especialmente en favor de la doctrina de Confucio. Dicen que fué mas cortesano que religioso; mas diestro en las intrigas de palacio que celoso en la propagacion de la fé; mas interesado en captarse la aficion de los grandes que en atraerse el cariño y la confianza de los pueblos. Como todos los hombres eminentes que logran conseguir grandes triunfos á despecho de obstáculos y dificultades, Ricci debió escitar la envidia de sus émulos, y en semejantes casos es sabido cuán fácil es desfigurar los hechos mas inocentes y desnaturalizar las mas sanas intenciones.

Despues de su muerte continuó prosperando la obra bajo la proteccion de Siu, el cual obtuvo en 1622 la revocacion del edicto de espulsion, que por espacio de cerca de cuatro años habia ocasionado graves molestias y tribulaciones á los cristianos. Por recomendacion del mismo Siu, el jesuita aleman Schaal, hombre de eminentes prendas y consumada sabiduría, recibió del emperador la mas favorable acogida, y figuró entre los altos personajes del imperio. Acudieron á China los dominicos y los franciscanos, aprovechándose de las facilidades que les habian abierto los jesuitas; mas estos se les aventajaban por el favor que ya obtenian en la córte y por el número de establecimientos que habian fundado. Durante las turbulencias que siguieron á la caida de la dinastía de Ming y el establecimiento de la que actualmente reina, las misiones padecieron grandes amarguras; sus directores se abrigaron en puntos retirados para preservarse de los soldados y bandidos, y los fieles quedaron sin guias y sin pasto espiritual. Los misioneros del Norte se declararon en favor del partido manchu, que tanto los habia amparado, y Schaal llegó á ser el favorito del nuevo emperador, quien le confió la reforma del calendario. Desempeñada esta obra despues de haber demostrado la ineptitud de las personas que la habian tenido á su cargo, fué honrado con el titulo de *Kin Tien Kien* ó presidente del tribunal astronómico, é investido con las insignias de grande ó mandarin de primera clase. Se aprovechó de este favor para facilitar la entrada en el país á otros misioneros, edificar dos iglesias en la capital y reparar las que se habian arruinado en las provincias. Los esfuerzos de los chinos convertidos lograron promover la causa de la religion, y en esto continuaron distinguiéndose Siu y su hija Cándida. No solo emplearon toda su influencia en favor del cristianismo, sino que gastaron una buena parte de su hacienda en imprimir obras de piedad y edificar capillas y escuelas. Cándida no satisfecha con estas demostraciones de celo y de piedad, fundó una casa de espósitos, para recoger á los niños que sus padres abandonaban ó que se hallaban estos dispuestos á matar, y un hospicio para ciegos, donde enseñó las verdades de la fé á centenares de aquellos infelices cuya ocupacion era vagar por las calles refiriendo cuentos profanos. Pocos años despues de su muerte el emperador le confirió el titulo de *sho gin*, ó muger virtuosa, enviándole un suntuoso vestido de seda y un tocado de perlas de gran valor: objetos de que ella no tardó en deshacerse, aplicando su producto á obras de misericordia. Recibió el Santo Sacramento con la fé viva de unirse á Dios, á quien tanto habia amado y servido. Ella y su padre fueron deificados despues por el pueblo de *Shangae*.

Rivalizó con ella en devocion y beneficencia otra

piadosa muger llamada Marta, de cuya vida no se conserva mas que el recuerdo de sus eminentes virtudes.

Los misioneros católicos tuvieron relaciones íntimas y gozaron del aprecio de muchas familias principales durante los primeros años de su residencia en China. Aun los que no abrazaban la doctrina del Evangelio apreciaban y respetaban á sus ministros por su conducta irreprochable, por sus vastos conociemien-



Idolo chino.

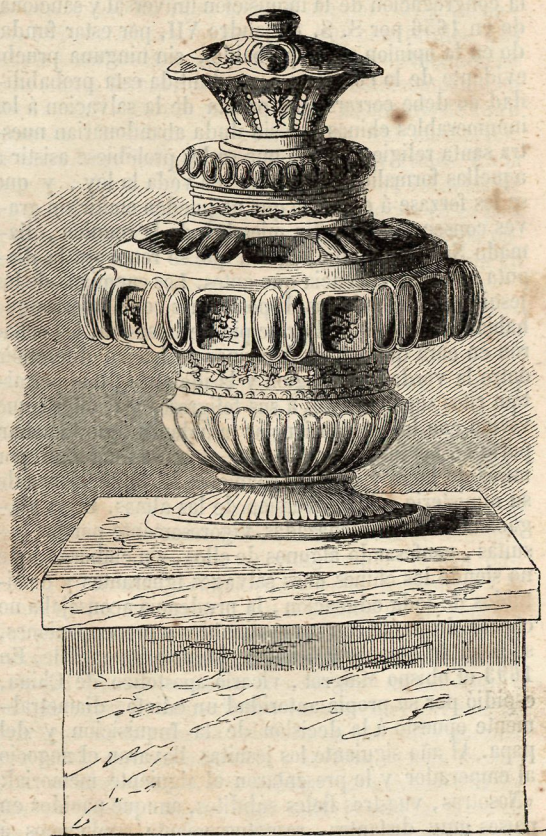
tos en las ciencias y en las artes, y por la caridad que ejercian con toda clase de miserias é infortunios. En *Shensi* el jesuita Faber llegó á ser el hombre mas popular y de mas influjo en la provincia. La muchedumbre escuchaba sus lecciones con recogimiento y admiracion, y le obedecian con mas docilidad que á los magistrados.

El aumento de iglesias y conversiones en las provincias del Norte durante el reinado de *Sunchi* fué muy rápido; pero como el Sur no estaba enteramente sometido y ardía en partidos y en conflictos san-

grientos, los misioneros se declararon partidarios de *Tungliéh* que era el que aspiraba al trono. Dos generales católicos mandaban sus ejércitos. La madre, la muger y el hijo de uno de ellos, llamado Lucas Chin, fueron bautizados con los nombres de Elena, María y Constantino. La primera escribió al papa Alejandro VII una carta muy respetuosa, en que le manifestaba sus deseos de que todo el imperio chino se sometiese á la autoridad de la silla apostólica. El papa le respondió en términos muy afectuosos, exhortándola á que siguiese trabajando en la propagacion de la fé. Pero las esperanzas de los católicos quedaron frustradas por la muerte de *Tungliéh*, la derrota y dispersion de sus tropas, y la total conquista del Sur. Schaal entretanto continuaba prosperando en Pekin, y á su sombra se fecundaba la buena semilla, y los cristianos ejercian públicamente los ritos sagrados. Murió el emperador *Sunché* y el gobierno cayó en manos de cuatro regentes, cuyas disposiciones, poco favorables al cristianismo, alentaron á los enemigos de los misioneros. Presentaron á los regentes una memoria, en que acusaban á los sacerdotes cristianos de turbar el orden público, suscitar ágrias controversias entre sus mismos neófitos, mezclarse en toda clase de intrigas y estar desunidos entre sí por dogmas opuestos. Los regentes tomaron en consideracion el negocio, y en 1665 los tribunales declararon que los jesuitas Schaal y sus socios merecian ser castigados como seductores que anunciaban al pueblo una falsa y perjudicial doctrina. Schaal, no obstante la alta dignidad de que estaba revestido como tutor del príncipe menor, fué degradado con los compañeros que vivian con él en Pekin, y murió algunos meses después, á la edad de 78 años. Verbiest, sacerdote de gran mérito, y algunos otros fueron encarcelados, y los restantes, en número de 21, expulsados del país. Magallaens, otro de los misioneros de mas alto carácter, escribe que por espacio de cuatro meses estuvo cargado de nueve cadenas, tres al cuello, tres en los brazos y tres en las piernas. Habia sido condenado á recibir cuarenta azotes y á pasar en Tartaria el resto de su vida, de cuya sentencia le libertó un gran terremoto que ocurrió á la sazón en Pekin. Pocos dias después *Kanghi* tomó las riendas del gobierno y amanecieron mejores dias para los cristianos. Una de sus primeras medidas fué poner en libertad á los jesuitas presos. Verbiest fué nombrado astrónomo imperial en lugar de Schaal, y aunque se prohibió á los chinos abrazar el cristianismo, los misioneros recibieron el permiso de abrir de nuevo sus establecimientos y continuar practicando las ceremonias de su religion. Verbiest escribió un tratado con el título de *Astronomía perpétua del emperador*, el cual lo recibió con grandes muestras de satisfaccion, y confirió á su autor el título de *tajin* ó magnate. Los misioneros, agradecidos al favor de que disfrutaban, fundieron y bendijeron 430 piezas de artillería, imponiendo á cada una el nombre de un santo. Todavía no faltaban empleados de suposicion que censuraban esta tolerancia en favor de los ministros de una religion incompatible con el Estado, y aun el gobernador de la importante ciudad de *Chehkiang* quiso poner en ejecucion las antiguas ordenanzas promulgadas contra el cristianismo; pero Verbiest obtuvo del emperador que se revocase aquella medida.

Durante todas estas alternativas de favor y persecucion se habian suscitado graves desavenencias entre los jesuitas por un lado y por otro los franciscanos y

dominicos, sobre los ritos que los chinos celebraban en honor de sus antepasados y de Confucio. Ricci, como ya hemos visto, habia dado á los padres de la Compañía las instrucciones á que habian de arreglar su conducta en este asunto. Creia que era una costumbre de carácter puramente civil, y que podria tolerarse sin empañar la pureza de la fé ni menoscabar la ortodoxia de la doctrina. Morales, religioso español de la orden de los predicadores, abrazó la opinion contraria: declaró que aquellos ritos eran idólatras y pecaminosos; y representándolos como tales á la Santa Sede, obtuvo su condenacion, fulminada por la congregacion de la propaganda y confirmada en todas sus



Quemaparfumes en uso en las pagodas chinas.

partes por el papa Inocencio X en el año de 1645. Este decreto molestó mucho á los jesuitas y se ocuparon seriamente en negociar su revocacion. El jesuita Martinez fué el principal agente de la empresa, y acumulando testimonios y pruebas y echando mano de todo el influjo que la Compañía sabia ejercer en la capital del mundo cristiano, probó ante el tribunal de la inquisicion que la práctica de venerar la memoria de los abuelos y el nombre de Confucio carecia de carácter religioso y no debia ser considerada sino como una ceremonia inocente y doméstica, que no está comprendida en ninguna prohibicion bíblica ni eclesiástica. Alejandro VII, que ocupaba á la sazón el trono pontificio, espidió entonces una bula en que, sin contradecir lo que habia dispuesto su predecesor, é inclinándose cautelosamente al lado de los jesuitas, desarmaba al partido contrario, abriendo, sin embargo,

un campo ancho á las conjeturas y á las interpretaciones. Cuando Sunchi murió y todos los misioneros fueron enviados á Canton menos los que fueron encarcelados en Pekin, se celebró una reunion de 23 sacerdotes de las tres órdenes en el colegio de los jesuitas de Canton, con el objeto de conciliar las dos opiniones rivales y redactar una instruccion ó reglamento, á que todos deberian someterse, sobre la cuestion pendiente.

Este documento, cuya fecha es de marzo de 1663, contiene 42 artículos. El mas importante de ellos está concebido en estos términos: «Con respecto á la costumbre que tienen los chinos de venerar á sus antepasados y á Confucio, debe observarse lo dispuesto por la congregacion de la inquisicion universal y sancionado en 1656 por S. S. Alejandro VII, por estar fundado en la opinion mas probable, sin ninguna prueba evidente de lo contrario, y admitida esta probabilidad no debe cerrarse la puerta de la salvacion á los innumerables chinos que sin duda abandonarían nuestra santa religion, dado que se les prohibiese asistir á aquellas formalidades que no les veda la ley, y que se les forzase á omitir lo que no pueden omitir sin graves consecuencias.» Un miembro de la reunion, llamado Navarrete, dió lugar á que se renovase la disputa con mas violencia que antes. Los enemigos de los jesuitas, olvidando las disposiciones conciliatorias que habian manifestado al principio de la sesion, les echaron en cara que en sus doctrinas no hacian diferencia entre la verdadera religion y la idolatría; que permitian ritos supersticiosos á sus feligreses y neófitos; que vivian con lujo y apariencias mundanas; que tomaban parte en las intrigas políticas; que descuidaban por miras de luero y engrandecimiento las obligaciones de su ministerio y la conversion de las almas. Estas alegaciones fueron rechazadas vigorosamente por los jesuitas, confesando algunos de ellos, sin embargo, que no siendo los chinos unos salvages ignorantes y destituidos de toda educacion, la prudencia aconsejaba no chocar de frente con sus costumbres y preocupaciones, so pena de esponerse á una resistencia invencible. En 1693 el obispo Maigrot, vicario apostólico de China, espidió por su propia autoridad un edicto, diametralmente opuesto á la decision de la Inquisicion y del papa. Al año siguiente los jesuitas llevaron el negocio al emperador y le presentaron el siguiente memorial: «Nosotros, vuestros fieles súbditos, aunque nacidos en paises muy distantes, respetuosamente suplicamos á V. M. que nos dé instrucciones claras sobre estos puntos. Los sábios de Europa han sabido que los chinos practican ciertas ceremonias en honor de Confucio; que hacen sacrificios á los cielos, y que observan ritos particulares dedicados á sus antepasados; pero persuadidos de que estas ceremonias, sacrificios y ritos están fundados en razon, como, sin embargo, ignoran su verdadero carácter, desean que les comuniquemos lo que sepamos sobre el asunto. Siempre hemos supuesto que Confucio era honrado en China como legislador, y que en las ceremonias que se le consagran no se le mira sino como tal. Creemos que los ritos que se dirigen á los antepasados no tienen mas objeto que manifestarles amor por parte de sus descendientes. Tambien nos parece que los sacrificios que se hacen al cielo no se hacen al cielo visible que está sobre nosotros, sino al Supremo Señor, autor y conservador del cielo y de la tierra y de todo lo que en ellos se contiene. Tales son la interpretacion y el sentido que siempre

hemos dado á estas esterioridades. Pero como los extranjeros no pueden ser jueces tan competentes en estas importantes materias como los chinos mismos, nos atrevemos á suplicar á V. M. se digne ilustrarnos sobre estos puntos, y aguardamos su respuesta con respeto y sumision.» El emperador respondió en 1700 que las costumbres de los chinos á que se aludia en el memorial, eran puramente políticas, y que el cielo que adoraban con el nombre de *tien* no era nada material sino el Dios uno y verdadero. Esta contestacion fué enviada al papa, á quien acudieron tambien los enemigos de los jesuitas, procurando invalidar por todos los medios posibles las esplicaciones del emperador. Por una y otra parte se hicieron grandes esfuerzos para influir en el ánimo del pontífice; pero los jesuitas perdieron, y un rescripto de Clemente XI, espedido en 1704, confirmó la decision del obispo Maigrot. La córte del Vaticano habia ya enviado á China un legado *ad latere* y vicario apostólico, llamado Tournon, consagrado patriarca de Antioquia, para que este titulo le diese mayor autoridad y lustre en aquellas regiones lejanas. Tournon era gran aficionado á los jesuitas; pero ya en Pondichery, á donde arribó despues de una navegacion larga y peligrosa, empezó á indisponerse con ellos y á desaprobár muchas de sus prácticas. Pasó á Manila, donde depuso al procurador de la órden y le confiscó sus bienes, y desembarcó en Macao en abril de 1703, donde fué recibido con grandes honores por el gobernador y el obispo. Por diciembre del mismo año entró en Pekin; pero los jesuitas habian prevenido el ánimo del emperador contra él y no le fué posible obtener una audiencia. Sin embargo, promulgó el mandato del papa contra las prácticas y costumbres ya indicadas. Pero Kanghi le hizo frente, y en un edicto de diciembre de 1706 declaró que protegeria á los misioneros de la opinion de Ricci y que perseguiria á los de la opinion de Maigrot. Nombráronse examinadores para que averiguasen el partido que cada misionero abrazaba; pero Tournon, que habia sido desterrado á Macao, les prohibió, bajo pena de excomunion, someterse á este exámen. El obispo de Macao arrestó al legado en su propio alojamiento, á cuyas puertas fijó un monitorio, exhortándolo á revocar sus censuras en término de tercero dia, so pena de excomunion y de exgirle como diocesano, las credenciales de su legacion, que todavia no habia presentado. Tournon replicó con una sentencia todavia mas severa contra el obispo. Tres misioneros nuevos llegaron á Macao en estas circunstancias, y uno de ellos, llamado Ripa, cuenta una visita nocturna que hizo al legado, eludiendo la vigilancia de sus guardias, y halló en el mismo confinamiento cuarenta misioneros de diversas órdenes. Tournon, que en su arresto habia recibido el capelo de cardenal, escribió al gobernador quejándose de los procedimientos del obispo; pero antes de que tuviesen efecto sus reclamaciones murió en su prision, á mediados de julio de 1710.

Todo lo que habia hecho Tournon mereció la aprobacion de la córte pontificia, y en 1715 el legado Mezabarba fué despachado á China, por la via de Lisboa, y recibido favorablemente en Pekin. Sus instrucciones eran expresar la sincera gratitud del papa al emperador Kanghi, por la magnánima bondad con que habia tratado á los misioneros; pedirle permiso de residir en China como gefe de todas las misiones, y obtener el consentimiento del emperador para que los cristianos de China se sometiesen á la decision de su

santidad en todo lo concerniente á ritos. El emperador eludió una respuesta decisiva, especialmente en el último punto, y el legado, previendo que nada conseguiría, pidió y obtuvo la venia imperial para regresar á Europa. Los primeros quince años del siglo XVIII forman la época de la mayor prosperidad de las misiones católicas en China. Durante el gobierno de *Kiang*, tenían 100 iglesias y 100,000 prosélitos. En 1708 el emperador mandó hacer el mapa geográfico del imperio á los jesuitas, bajo la dirección de los tres ilustres miembros de la compañía Resgis, Bouvet y Jartoux.

Las disputas entre los misioneros de diversas órdenes, la resistencia de algunos convertidos á obedecer los decretos del emperador sobre los ritos, y las representaciones de los magnates sobre la tendencia de la nueva religion á minar la autoridad imperial, empezaron á conmover el ánimo del monarca y á disponer contra aquellos hombres que habian sido hasta entonces objetos especiales de su predileccion. En 1718 prohibió á los misioneros residir en el país sin su especial permiso, al cual debía preceder el juramento de observar las instrucciones de Ricci. Por otra parte, ningun misionero podia ir á China sin suscribir una fórmula en la que se comprometia solemnemente á obedecer las órdenes de Clemente XI, con respecto á las ceremonias. *Kanghi*, informado de estas cosas, tomó sus medidas, incomodando á veces á los misioneros en sus trabajos, reteniendo cerca de sí á los que podian serle útiles, y dejando que los decretos prohibitivos se ejecutasen con todo rigor en las provincias.

Después de la muerte de *Kanghi* en 1723, se pusieron en claro los designios de su sucesor *Yungching*. Al año siguiente de su elevacion al trono espidió un decreto en que se prohibia todo acto encaminado á la propagacion del *Tien Chu Kiau*, ó religion del Señor de los cielos, que era el nombre bajo el cual se designaba el cristianismo. Todos los misioneros que no servian en las empresas científicas que se llevaban adelante en Pekin, recibieron orden de salir del imperio, de cuyas resultas mas de 300,000 cristianos quedaron privados de maestros y pastores. Algunos misioneros quedaron ocultos, y los cristianos mostraron la mayor fidelidad en guardarles el secreto, aun á riesgo de perder la vida. Cuando los misioneros llegaron á Canton, que era el punto en que debian reunirse, imaginaron varios medios de volver á sus iglesias respectivas, y algunos de ellos lo lograron. Los que habian quedado en la capital se esforzaron cuanto les fué posible en recobrar la antigua posicion de las misiones; pero sus enemigos eran muy poderosos, y la persecucion de los cristianos se hizo general y se encruceció en las provincias.

El decreto de *Yungching* de 1724, forma época en la historia de las misiones cristianas. Desde aquel tiempo han tenido alternativas de prosperidad y mala suerte; pero el resultado total ha sido la decadencia en influjo y en número. Las revueltas que agitaron la Europa en la última parte del siglo XVIII, distrajeron la atencion del público, mientras en el país continuó la persecucion con renovado encarnizamiento. En 1747 esta persecucion se extendió á todas las provincias; y el obispo Sanz y cinco religiosos dominicos fueron condenados á muerte; otros muchos fueron puestos en el tormento; muchos huyeron á Filipinas y la Gran India, y poquísimos fueron los que lograron quedar ocultos en

el país, espuestos á ser descubiertos cada instante, y á perder la libertad ó la vida. Cada dia tomaba mas incremento la enemistad del gobierno contra los cristianos. En el curso del siglo presente, y solo desde 1781 hasta 1816 se cuentan tres ilustres misioneros franceses condenados al último suplicio, y por centenares los sacerdotes y cristianos indígenas, que han tenido la misma suerte ó que han pagado su constancia religiosa con destierros, azotes, confiscaciones y tormentos. Sin embargo de tantas contrariedades, todavia en 1820 florecia el cristianismo lo bastante para contar en sus banderas 6 obispos, 2 coadjutores, 23 misioneros europeos, 80 sacerdotes chinos y 213,000 convertidos, incluidos 7,000 en Canton y los pueblos de sus cercanias. En 1839 habia 8 obispos, 57 misioneros, 114 sacerdotes chinos y 303,000 convertidos. Los padres lazaritas franceses, que se habian distinguido en estas santas faenas, tienen un gran establecimiento en *Sivan*, mas allá de la gran muralla. El sumario de 1846 presenta 12 obispos, 8 coadjutores, 180 misioneros, 90 sacerdotes indígenas y 400,000 convertidos. En la provincia de *Sz'chuen* se encuentran 54 escuelas de niños y 114 de niñas. Hay cinco seminarios en el país y uno en Nápoles. Los fondos recibidos de Europa para sostener todos estos establecimientos subieron en 1846 á 59,000 ducos.

Los protestantes no se han descuidado por su parte en propagar sus dogmas, y sobre todo la lectura de la Biblia, de la cual existe una buena traduccion china, por el célebre sinólogo inglés Morrison. A favor del tratado de Nankin, se han introducido en los puertos abiertos al comercio, y en el dia poseen misiones y escuelas ricamente dotadas en Canton, Amoy, Funchau, Ningpó, Shangay y otros pueblos de lo interior. En dicho tratado hay una cláusula relativa al permiso de erigir iglesias cristianas, sin distincion de denominaciones, en los puertos abiertos. Después se han publicado diferentes aclaraciones, todas favorables á la causa de los cristianos. La mas notable de las espeditas por las autoridades inferiores fué un edicto del comisario imperial *Kiying*, que le arrancó el incansable celo del plenipotenciario francés Mr. de Lagrené, y en que aquel distinguido funcionario chino permite las prácticas de la religion cristiana en los cinco puertos, con tal de que sus ministros y neófitos no sean bandidos, ni alteren el orden público, ni seduzan doncellas ni viudas. *Kiying* hizo todavia mas en favor de los cristianos. Dió cuenta al emperador de aquella resolucion, y le manifestó la necesidad de suavizar la legislacion existente en favor de unos hombres pacíficos, cuya fé religiosa no se oponia en nada á las buenas costumbres, ni á la obediencia debida al gefe del celeste imperio. La respuesta del emperador con que vamos á terminar nuestras tareas acerca de la China asegura el triunfo de la verdad revelada en aquellas interesantes y magnificas regiones. Dice asi: «En otras ocasiones, *Kiying* y otros nos han presentado un memorial pidiendo inmunidad en favor de aquellos que, obrando bien, profesan la religion del Señor de los cielos, y que no prohibamos á los que erigen iglesias juntarse para adorar la cruz y las imágenes, y leer y esplicar los sagrados libros. Esto ha sido otorgado. La religion del Señor de los cielos, instruyendo y guiando á los hombres para que obren bien, se diferencia totalmente de las sectas ilícitas y heterodoxas, y por tanto se le ha concedido tolerancia. Lo que se ha permitido en otros tiempos es justo que se permita ahora. Restitúyanse á